MARIA TERESA BORRAGAN DE ALONSO

ILUSION

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

ILUSIÓN

ILUSION

COMEDIA

en tres actos y en prosa

original de

MARIA TERESA BORRAGAN DE ALONSO

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Palencia, el día 9 de Setiembre de 1917, y reprisada en el TEATRO CIRCO de Victoria, el 9 de Octubre del mismo año

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

Para el culto a
Sr. Gentil y si
su amiga y a
admiradora
Mª Teresa

Al incomparable Benavente en prueba de admiración profunda.

Su afectísima,

María Teresa Borragán de Alonso.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AMALIA	Sra.	Mendizábal.
DOÑA ROSA		Benavente.
LOLA	Srta.	Estrella (C.)
INÉS	Sra.	Fernani.
DOÑA AURORA		Rizo.
LAURA		Cáceres.
LA TÍA GELUCHA	Srta.	Estrella (M.)
PEPA (Criada)		Estrella (P.)
CARLOS	Sr.	R. Ros.
DON JULIO		Estrella.
JULIO		León.
EL PÁRROCO		Romeu.
ALFREDO		Martínez.
MANRIQUE		López.

EPOCA: LA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Comedor en la planta baja. Puertas al foro y a la izquierda del espectador. A la derecha una ventana cubierta de yedra

ESCENA PRIMERA

AMALIA lee sentada en el poyo de la ventana, en seguida la tía GELUCHA

GEL. (Por el foro.) ¿Qué haces, chiquita?
AMA. Mire usted, leer un poco.
GEL. ¿Y tu mamá?
AMA. Por ahí debe estar entretenida con sus bichos.
GEL. (Mirándola.) Pero, muchacha, ¿qué pelos de demonio te has puesto hoy?
AMA. (Riéndose.) Es el peinado de moda.
GEL. No estáis malas vosotras con las modas. Nada, que cuando el demonio no tiene por dónde cogeros, lo hace por los pelos. ¡Así está el mundo! Luego, que el fulano dejó a a la fulana; que la zutana salió con cualquier cosa, que los hombres no quieren casarse... hacen bien, caramba, ni falta que les hace.
AMA. Pero ¿por qué, tía Gelucha?
GEL. Porque les da lo mismo y se ahorran mucho dinero. En mis tiempos no se veían estas cosas, había más decencia; así es que los hombres no tenían más remedio que casarse. ¡Pero ahora... ni con anzuelo pescais

marido! Mientras tocan a pasar el rato, todo va bueno y se aprovechan cuanto pueden; pero en cuanto asoma las narices el casorio, huyen haciendo ¡fúh! como el gato. ¡Claro, con tantos perifollos no se atreven todos!

AMA. Vaya vaya, en sus tiempos se ataban los perros con longaniza; pero usted no supo aprovecharse de ellos, puesto que se quedó soltera.

GEL. Porque no quise casarme, hija, que no fué por falta de galanes. A docenas rondaban mi puerta, y la Gelucha, que nones y que nones.

AMA. (Aparte.) Mal gusto tenían.

GEL. ¿Qué dices...?

AMA. Nada; que ya podía usted haberles conservado para ahora que escasea el género.

GEL. Vaya, mujer, tú no eres de las más desgraciadas. Ya quisieran muchas pescar...

AMA. ¿A quién?

GEL. No te hagas la desentendida: al hijo del boticario.

AMA. ¡Valiente congrio!

GEL. ¿Cómo?...

AMA. Que sí; que es una pesca apetitosa.

GEL. No sé qué tendrás qué decir de un muchacho que está «deprendiendo pa ingeniero».

AMA. Que Dios le dé buen ingenio, pero no para convencerme.

GEL. ¿Es mentira?

AMA. Como todo lo que se dice en este pueblo de envidiosos.

GEL. ¿Ya empiezas a despotricar contra el pueblo? Ni que tú fueses madrileña. ¡Tiés una manera de ser!...

AMA. (Con naturalidad.) Sí; soy como soy; pero no como quieren que sea. Y esta manera de ser es tan mía, tan profundamente mía, que los que no me comprenden me pintan como ellos quisieran que fuese, como yo no puedo ser.

GEL. Es que tú te tiés por más que otras.

AMA. Y lo soy; por lo menos sé lo que valgo.

GEL. Ya; por eso no te arreglaste con el hijo del señor Tomás... ni te arreglas ahora con el del boticario. Para ti todos son poco.

AMA. Poco, porque ninguno supo llegarme al corazón.

GEL. Aviada estás si haces caso del corazón. ¡Ya!, tú quieres un barbilindo de esos que por hacer el figurín pasan más hambre que un seminarista. Cásate con uno de ese pelaje, y después le pides al corazón para garbanzos. Vaya, vaya, me voy a buscar a tu mamá. (Mutis foro.)

ESCENA II

AMALIA, luego INÉS y LOLA

AMA. ¡Qué tía bruja! No es extraño que no se haya casado con semejantes teorías. No puedo aguantar a estas mujeres que no se preocupan en la vida más que de los garbanzos. ¡Si las daba yo...! lo que ellas merecen, pero hasta empacharlas. Y entre estas cáfilas de egoístas interesadas, aguanta, Amalia; y que encima te llamen orgullosa y todo lo que quieran, porque, puestos a decir, no respetan nada.

INÉS (Por el foro, seguida de Lola.) Chica, te traemos un notición.

LOLA Deja que lo adivine.

INÉS ¿A que no sabes quién ha venido?

AMA. Algún sacamuelas.

LOLA No.

AMA. Manolo, que para el caso es lo mismo.

INÉS Tampoco.

AMA. El señor Obispo.

LOLA No, no aciertas.

AMA. Ni me molesto, que no estoy para adivinanzas.

INÉS La señora de la casa grande, mujer.

AMA. ¿Doña Aurora?

LOLA Sí; pero no ha venido sola.

AMA. Ya comprendo; vendrá con la servidumbre.

LOLA Y con su hijo.

INÉS ¡Un señorito guapísimo!

LOLA ¡Y vaya un tipo! Yo no he visto hombre más guapo. ¿No le conoces?

AMA. Apenas me acuerdo de él. No le he visto más que dos o tres veces cuando era niño.

INÉS Pues es un Adonis.

LOLA Es marino, hija. Nada, que va a armar en el pueblo una revolución soberana. Las de

Vega ya han pasado por su casa quince veces, y con los vestidos de los días de fiesta.

AMA. No estarías tú muy lejos.

INÉS Con ellas, cuando menos.

LOLA No sé cómo; me tocaba arreglar el altar de la Purísima. El sacristán, que las estuvo viendo desde la esquina de la callejilla, fué el que nos lo dijo todo. ¡Ay, cuánto nos reímos!

AMA. En la iglesia, ¿eh?

LOLA Eso no es pecado, mujer. Las cosas según con la intención que se hagan.

AMA. Sí, vosotras, con la mejor intención, manejaríais la tijera a las mil maravillas.

LOLA No, hija; no dijimos más que la verdad. Que apenas había llegado y ya tenían ganas de pescarle.

INÉS Y tiene razón de ser. Es un Adonis, un Adonis.

AMA. (Burlona.) Oye, eso de Adonis, ¿lo has aprendido en viernes?

LOLA No, lo ha cogido de una novela que está leyendo.

AMA. ¡Ah ..! Ya me sonaba a mí a canción nueva.

LOLA Hasta que vea otra cosa que le parezca mejor; pero mientras tanto, llamará Adonis hasta al gato.

INÉS Ríete, ríete cuanto quieras. Porque tú eres una ingnorantona que no coges un libro en las manos para nada.

LOLA Y estoy mejor que tú; por lo menos no estropeo el Diccionario, ni me expongo a que se rían de mí.

INÉS Ni puedes hacer buen papel en ningún sitio.

AMA. Tienes razón, Inés. Para brillar en nuestra gran sociedad hay que leer mucho, tener amplios conocimientos; pero guardarles para sí mismos, porque los demás no sabrían comprenderlos.

INÉS (Avergonzada.) Es la única distracción que podemos permitirnos en este pueblo.

AMA. Distracción que debe tomarse a pequeñas dosis como los venenos.

LOLA ¿Por qué?

AMA. Porque para quien no está en disposición de digerirlas, suelen ser tan malas como ellos.

INÉS ¿Son malas?
AMA. La mayoría son mal leídas o mal interpretadas; ahí está el mal.

ESCENA III

DICHAS y DOÑA ROSA por la izquierda

ROSA ¿Ya estáis de conciliábulos? Desde por la mañana empiezan las buenas obras.
AMA. Mamá, una buena noticia: Ha venido doña Aurora.
ROSA ¿Sí?
AMA. Sí; con su hijo.
ROSA ¿También Carlos? Ya estará hecho un hombre.
LOLA Y de los que dislocan, doña Rosa. Difícilmente habrá hombre más guapo.
ROSA ¡Qué alegría! ¿Pero cuándo han llegado?
INÉS Ayer en el rápido.
ROSA ¿A qué hora?
LOLA A las ocho.
ROSA Sin avisarme.. No se lo perdono. ¿Quieres que vayamos a verles?
AMA. Como quieras, mamá.
LOLA Por Dios, doña Rosa, usted vaya; pero Amalia.. habiendo venido su hijo estaría muy mal visto.
ROSA Tienes razón, hija, no había dado en ello.
AMA. (Con intención.) Es lo mismo, mamá; ya te advirtió Lola.
LOLA Por bien quererte.
AMA. Lo comprendo. Gracias.
ROSA Voy corriendo a arreglarme. ¡A las ocho y no venir por aquí! Ya me entenderé yo con ellos. (Mutis.)

ESCENA IV

AMALIA, INÉS, LOLA y luego el PÁRROCO

INÉS Tu mamá y doña Aurora deben ser muy amigas.
AMA. Sí, se educaron juntas.
LOLA Qué bien; cuántas veces va a venir a tu casa

ese señorito. ¿Cómo ha dicho tu mamá que se llama? Carlos, ¿verdad?

AMA. Sí.

INÉS Hasta el nombre es bonito. Parece un nombre de novela.

AMA. ¿Y quién sabe si en este pueblo le harán héroe de alguna? Aquí a todo el que llega se le hace, por lo menos, un cuento. A imaginación inventiva no hay quien gane a mis paisanos. Lo peor es que la mayoría de las veces la emplean en destruir.

PÁRR. (Por el foro.) Hola, chiquitas. ¿Ya estais de juerga?

LOLA Un rato de palique. Según salíamos de misa entramos a ver qué hacía Amalia.

PÁRR. Sí... visita de exploración.

INÉS Teníamos que darla una noticia.

PÁRR. Algún secreto a voces. Menos mal que Amalia no se parece a vosotras.

AMA. Gracias, don Cenón.

LOLA Valiente gatamusa. Es peor de lo que parece, señor cura.

PARR. Dolores, lo malo es juzgar sin comprender, que si para juzgar lo comprendido hay que tener gran tacto, para emitir un solo juicio sobre lo incomprendido, hay que empezar por estudiarlo. Y Amalia me parece que raya para vosotras en lo incomprensible.

AMA. No, don Cenón; yo soy como las demás.

PÁRR. No, hija mía, no. Tú eres una revolucionaria de las ideas en este pueblo, que yo no me atrevo a juzgar.

AMA. Pues bien, sí, lo soy; y lo soy precisamente porque amo con toda mi alma el terruño castellano. Soy una mujer que no puede resignarse a ser tan ignorante como sus abuelas, ni a ser esclava de un hombre porque ellas lo fueron. ¿Es quizá el progreso para la mujer una palabra vana sin fuerzas para redimirla? ¡Triste privilegio el de haber nacido mujeres y madres de los hombres para ser por ellos postergadas! Usted, señor cura, es demasiado bueno, y como el juicio que le merece este pueblo es bastante malo, le calla usted por excesiva caridad; pero yo, que no soy tan buena, le juzgo como creo se merece. Mi pueblo, como la mayoría de los pueblos de Castilla, es un decrépito rutina-

rio, en cuyo corazón, empedernido por los tiempos, no halla eco la innovación. Víctimas de rancios prejuicios rinden homenaje y pleitesía a sus políticos que les gobiernan como despóticos tiranos, y con los ideales, muertos o dormidos, ven inertes el progresar de otros pueblos, mientras ellos, en brazos de la apatía, van sumiéndose en una esclavitud más ignominiosa que la del antiguo feudalismo. En resumen, señor cura, estos pueblos son esclavos de la ignorancia, y la culpa es de los que en día, quizá no muy lejano, pagarán la pena. Pero mientras tanto es preciso resignarse a ver la humillación de esta raza de titanes, y yo le confieso a usted que en algunos momentos no tengo valor para ello porque les quiero y porque les creo capaces de algo más.

PARR. Hablas como un libro.

LOLA ¿Dónde lo habrá aprendido?

AMA. Un libro a quien todos miran con irónica indiferencia.

PARR. Es su idiosincrasia.

AMA. (Bajo.) Y mi desesperación.

INÉS (Dando un codazo a Lola.) Nos vamos, que ya es tarde.

PÁRR. ¿Con la música a otra parte, eh?

LOLA No, don Cenón; cada una a su casita en paz y en gracia de Dios.

PÁRR. El os acompañe, hijas.

LOLA / INÉS Adiós.

AMA. Adiós. (Salen por el foro.)

ESCENA V

AMALIA y el PÁRROCO; luego DOÑA ROSA

PÁRR. Cuánto tiempo gastan algunas mujeres en hablar de más.

AMA. Todo el que emplean en obrar de menos. Y es, que en estos pueblos, no se tienen nociones del verdadero valor del tiempo.

PÁRR. ¿Le ocupas tú bien?

AMA. Hago todo lo que puedo por no emplearlo mal y no creo que Dios ni los hombres de-

ban exigir a las criaturas más de lo que puedan dar.

ROSA (Por la izquierda.) ¿Usted por aquí, don Cenón?

PÁRR. ¿Dónde va doña Rosa tan de tiros largos?

ROSA A visitar a una amiga. Pero siéntese, que no hay tanta prisa. Y a usted, ¿qué le trae tan de mañana?

PÁRR. Lo de siempre, doña Rosa; dar a usted un sablazo.

ROSA ¿Ya viene usted pedigüeñando? Buenos están los tiempos para dar.

PÁRR. Mejores que para recibir; que el que da es porque tiene, y feliz puede considerarse quien con las migajas de lo que a él le sobra puede acallar el hambre de algún infortunado.

ROSA Sí, sí; la teoría es muy hermosa, pero mejor estaría en algunos la práctica. Yo no doy nada.

(Amalia se va disimuladamente con cara de pena por la izquierda.)

PÁRR. Yo, señora, no puedo darlo porque no lo tengo. Y es que a esa pobre mujer no se la puede dejar morir. ¡Qué hacer, Dios mío!...

ROSA ¿Pero quién es ella?

PÁRR. La hija de la Juanona, que tiene un cáncer, del que se morirá, si no se hace una operación.

ROSA Pues que se opere. Eso que lo mismo la dará. De esas operaciones salvan pocos.

PÁRR. Doña Rosa, eso es muy poco humanitario. Dios sólo puede salvar algunas vidas; pero los hombres están obligados a hacer por ellas cuanto puedan. Esa infeliz no tiene posibles para operarse.

ROSA Que vaya de pobre a un hospital.

PÁRR. Por lo visto necesita no sé qué papeles que el Alcalde no quiere darla.

ROSA Pues que venda la casa.

PÁRR. Fácil resolución. ¡El único albergue de los pobres en los crudos días invernales!

ROSA Toma, cuando hace falta... Es que la Juanona es muy interesada.

PÁRR. Señora, no hay interés que valga lo que el amor de un hijo. Esa pobre mujer, vendería, no la casa, sino su propia vida para salvar a su hija; pero no puede.

ROSA ¿Por qué?

PÁRR. Porque la tiene hipotecada y no hay quien se la compre.

AMA. (Volviendo.) Mamá, haz el favor de salir, te llama la Pepa.

ROSA ¿Qué querrá esa? Hasta otro rato, don Cenón. (Mutis foro.)

ESCENA VI

AMALIA y el PÁRROCO; luego DOÑA ROSA, DOÑA AURORA y CARLOS

AMA. (Acercándose apresuradamente al Párroco que está apesadumbrado, le da unos duros.) Tome usted, señor cura.

PÁRR. (Extrañado.) ¡Hija...!

AMA. Guárdelo, guárdelo para esa pobre mujer.

PÁRR. Pero...

AMA. No recele usted; es mi hucha... ¡No tengo más!

PÁRR. No se puede dar más que el corazón, y eso representan estas monedas: tu corazón de oro, aprisionado entre el duro terruño de este inmenso páramo, por el que cruza tu alma de ángel sin ser comprendida.

AMA. ¡¡Señor cura!!...

PÁRR. Hija, Dios te lo pague.

ROSA (Desde fuera.) Pasad, pasad; aquí está Amalia. (Entra seguida de doña Aurora y Carlos.) Precisamente en este momento iba a visitaros, ¿verdad?

AMA. Sí, mamá. (A doña Aurora.) ¿Cómo está usted?

AUR. Hola, Amaliuca. Qué guapa estás. (A su hijo.) Tu infantil amiguita.

CAR. (Estrechando su mano.) Convertida en una señorita formal. (La mira fijamente.)

AMA. Efectos del tiempo, amigo mío.

PÁRR. (Que da vueltas entre las manos al sombrero.) Señores... (Hace ademán de marcharse.)

ROSA ¡Ah...! Pero qué distraída soy: Nuestro querido Párroco. (Se saludan.)

PÁRR. Con su permiso me retiro. Ya me iba cuando ustedes entraron. Servidor de ustedes

CAR. Adiós.

AMA. Hasta la tarde, don Cenón. (Le acompaña hasta la puerta del foro, por la que hace mutis.)

ESCENA VII

DICHOS, menos el PÁRROCO

ROSA ¿Pero cómo habeis venido sin avisarme? Siéntate, siéntate, que me tienes muy enfadada. (Se sientan. Carlos se pone tras la silla de su madre mirando a hurtadillas a Amalia, que pausadamente se va hacia la ventana donde queda meditabunda.)

AUR. No te enfades; ha sido un viaje tan impensado, que no nos ha dado tiempo para nada.

ROSA Disculpas. ¿Pero cómo nos has abandonado tanto? ¡Tres años sin venir!

AUR. Y este año si no es por Carlos, tampoco vengo.

CAR. Es cierto. Yo tenía muchas ganas de volver a ver esto.

ROSA Mal gusto tienes.

CAR. Señora, en esta materia no puedo discutir si será malo o bueno. Hace más de diez años que no vengo por el pueblo, y entonces no estaba en edad de juzgarle. Por supuesto, será como la mayoría de los pueblos.

ROSA Un poco peor. Pero, ¡bah!, puede pasar. (A doña Aurora.) ¿Y dónde te has andado estos veranos pasados?

AUR. El anterior en Galicia. Los otros dos en San Sebastián.

ROSA Yo también estuve con Amalia. ¡Qué lástima no habernos encontrado!

AUR. Es verdad; lo hubiésemos pasado muy bien. Te participo que yo hacía una vida completamente campestre.

ROSA Vaya una penitencia; para eso es mejor estarse en casa. Nosotras íbamos a todos los sitios; pero si he de decirte la verdad, yo me aburría soberanamente.

AUR. ¿Eso que ibais a todos los sitios?
(Carlos, tras breve vacilación, se acerca a Amalia.)

ROSA Es que no me gustaba estar en ninguno.
(Continúan hablando animadamente.)

CAR. ¿Y usted, se aburrió también?

AMA. No; yo lo pasé muy bien, admirablemente.

CAR. ¿Le gusta viajar?
AMA. Con delirio.
CAR. (Dándose cuenta del libro que está sobre el poyo.) ¿Y los libros?
AMA. ¡Ah! Los libros son mi locura.
CAR. ¿Me permite...?
AMA. (Dándole el libro.) ¡Oh, sí; con mucho gusto!
CAR. (Mirándole.) Benavente. ¿Es usted aficionada a nuestro primer ingenio?
AMA. Muchísimo: es mi ideal. Le leo mil veces y cuanto más le leo, más ansias siento de leerle. Es un escritor que dice mucho; pero aún dice mucho más con lo que calla. No está en su siglo.
CAR. No. Este siglo de fantasmagórica farándula en que el egoísmo se ha constituído dios de la humanidad, carece de alma para comprenderle. Los siglos venideros sabrán hacerle justicia.
AMA. Y nosotros, los que en la sutilidad de sus concepciones sublimes sentimos vibrar nuestras almas al impulso de esa ansia creadora, que cruzando aérea el espacio, parece elevarse en vaporoso incienso hasta lo infinito. ¡Oh, perdone usted; me entusiasmo!
CAR. Le hace usted justicia, y al hacérsela, muestra usted las bellezas de su alma, que hace eco al sentir de la mía.
AMA. Usted también...
CAR. Sí; yo también soy artista.
AMA. ¿Y vino usted a este pueblo?
CAR. En él vive usted y siente el arte de una manera sublime.
AMA. Pero es muy triste vivir sin ser comprendidos. Y entre las pardas moradas de este cementerio de vivos, caminan los seres hostigados por toda clase de egoísmos, con las almas muertas, hasta sumirse en la profunda sima, donde asombradas, despertarán al grito de la muerte esas almas que no vibraron a impulso de la poesía de la vida. ¡Es doloroso... muy doloroso!...
CAR. Pero si el alma que siente, el alma solitaria encuentra en el pardo cementerio otra alma hermana de la suya, ¿no podrá ser feliz?
AMA. Sí... ¡Vivir es ser comprendidos!
CAR. Y comprenderse del todo es amar. ¿Me comprende usted?

AMA. ¡Sí... le comprendo!

AUR. (Levantándose.) Vamos, Carlos, que ya es tarde.

CAR. Amalia, adiós... (La mira expresivamente mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un jardín castellano con árboles y flores. A la izquierda, la parte trasera de la casa con puerta practicable. Por encima de las tapias, se verá la Iglesia y un montón de casas pardas y ruinosas. En lontananza los altos páramos. Hora: el atardecer.

ESCENA PRIMERA

AMALIA, INES y LOLA. Hacen labor

INÉS (Tras una carcajada.) Qué caso más curioso.

LOLA ¿Pero no lo sabíais?

INÉS No.

AMA. Ni lo creas, hija. Invenciones del pueblo.

LOLA ¿Qué podía saber nadie si no hubiesen visto la carta?

INÉS ¿Y le dice con todas las letras que le quiere?

LOLA Con todas. No sé qué te extraña con lo loca que es. Además, se lo dice a todo el mundo.

AMA. ¡Pobre Marujilla, qué mal conoce su mundo!

ROSA Lo que no conoce es la educación.

INÉS ¡Jesús, qué muchacha más sin sentido; escribir a un hombre diciéndole que le quiere.

AMA. ¡Qué ingenuidad! Siempre me ha gustado esa chiquilla.

LOLA ¿Por qué?

AMA. Por su franqueza. Por eso mismo que vosotras la criticais y a lo que seguramente se deberá esa invención. Con que la hayan oído decir que la gusta Pepe, ya tienen lo suficiente para inventar no solo que le ha escrito, sino mucho más.

INÉS Amalia, no está bien disculpar esas cosas; y mucho menos defender a quien las hace.

AMA. (A Lola.) ¿Has visto tú la carta?

LOLA No.

AMA. ¿Ves cómo no se puede asegurar que es verdad? Y además, ¿qué particular tendría en una chiquilla de quince años?

INÉS Para ti nada tiene de particular.

AMA. Porque lo miro todo con buenos ojos.

PEPA (Por la casa.) Señorita Amalia, ahí está la Petrilla, que quiere hablar con usted.

AMA. ¡Pobre chiquita! Voy a ver qué quiere. (Entra en la casa hablando con la criada.)

ESCENA II

LOLA e INÉS, después AMALIA

LOLA ¿Pero que no vendrá esta tarde?

INÉS Sí, mujer; viene todos los días.

LOLA Y a todas las horas, ya lo sé. Pero como es tan tarde.

INÉS Es que está en la ciudad. Por lo visto ha recibido esta mañana no sé qué papeles, y acaso tenga que marchar.

LOLA ¡Ay qué gusto, chica! No, pues yo no me voy sin ver qué cara trae.

INÉS Ni yo.

LOLA ¡Estaría bueno que hubiésemos perdido la tarde para marcharnos con las ganas!

INÉS Oye; pero es que lo va a notar.

LOLA Me importa un bledo; el caso es que nos enteremos.

INÉS Por supuesto, que le tiene engañado. Si yo hablase con él, ya había de contarle cosas de esa niña tonta.

LOLA Es una estúpida. Tanto orgullo tiene, que no habla a nadie.

INÉS Por eso no tiene amigas.

AMA. (Volviendo.) ¿He tardado?

LOLA Un poco.

INÉS ¡Claro! Habrás tenido algún recadito de tu...

AMA. ¿De quién?

LOLA De tu adorado tormento.

AMA. No gastamos el tiempo en recaditos.

INÉS ¿Tan adelantado va?

AMA. Mucho. ¿No me casa ya el pueblo?
INÉS Algo se dice; pero tanto como casarte, no.
AMA. ¿Y qué se dice, qué? Contádmelo; ya sabéis que yo no me enfado por nada.
LOLA Ni debes. Todo lo que se dice es verdad. Que vais solos de paseo, que algunas noches os estáis aquí hasta más de las diez...
AMA. ¿Sólo eso? (Con sorna.)
INÉS Y algunas cosas que...
AMA. Sí, que será mejor callarlas. Pero les falta decir algo verdadero entre tanto como habrán dicho falso; y es que me caso.
LOLA / INÉS ¿De veras?
AMA. Y tan de veras; antes de medio año.

ESCENA III

DICHAS y DOÑA ROSA por la casa con JULIO y ALFREDO

ROSA Amalia... Amalia; mira quién viene.
AMA. (Saliendo a su encuentro.) El atolondrado de Julio. ¿Pero de dónde sales?
JULIO Del monte, primita. (A Alfredo.) Aquí tienes a la mujer más bonita de Castilla.
(Se saludan.)
LOLA (A Inés.) ¡Otros dos señoritos! ¿Has visto suerte semejante?
INÉS Es su primo el de Valladolid, mujer.
LOLA Sí; pero el otro no es su primo. Y mira... mira qué ojos la echa; parece que va a comerla.
INÉS ¡Si le viera Carlitos!..
LOLA ¿Será verdad que se casa?
INÉS No la hagas caso, tonta.
AMA. (Acercándose.) Inés, Lola; mirad qué primo más guapo tengo. Y no tiene novia.
JULIO Vengo a buscarla a este pueblo. ¿Cómo están ustedes?
(Se dan la mano.)
LOLA Bien, ¿y usted?
INÉS Mal gusto tiene.
JULIO ¿Cómo mal gusto? A juzgar por la muestra ya hay donde escoger.
(Siguen hablando.)
ALF. (A doña Rosa.) Qué a gusto vivirán ustedes en este silencioso remanso.

ROSA — No se vive mal. Claro es que no hay las distracciones que en las ciudades; pero tampoco son tantos los peligros. ¿Es usted de Valladolid?

ALF. — Señora, yo soy de todo el mundo. Nací en España; pero he estado en ella muy poco tiempo.

ROSA — ¿Estudia usted con Julio?

ALF. — No; nos hemos conocido casualmente en Madrid.

(Siguen hablando.)

AMA. — ¿Cómo no ha venido Laurita?

JULIO — Vendrá a últimos de este mes a pasar una temporada en el monte.

AMA. — ¡Ay qué gusto!

JULIO — Sí, lo vamos a pasar muy bien. Por lo visto vienen con ella las de Morante.

AMA. — Pero antes tienen que quedarse aquí unos días.

JULIO — Te vas tú con ellas, tonta. Ya verás qué juergas armamos.

LOLA — Vamos, Inés, que ya anochece.

AMA. — Aún es pronto.

INÉS — No, no; ya es hora. Hasta mañana.

JULIO — ¿Me permiten ustedes que las acompañe?

LOLA — Muchas gracias; se va usted a molestar.

JULIO — No es molestia; es placer. (A Amalia.) ¿Está aquí Luis Morales?

AMA. — Sí.

JULIO — Pues de paso voy a saludarle. Hasta luego.

AMA. — Adiós.

ESCENA IV

DOÑA ROSA, AMALIA y ALFREDO, que continúa hablando con doña Rosa

AMA. — (Mirando el reloj de la torre.) ¡Las siete! ¿No habrá venido?

ROSA — (A Alfredo.) Por supuesto. que es algo aburrido; pero a todo llega uno a acostumbrarse.

ALF. — ¿Y usted, señorita, puede acostumbrarse a la monotonía de esta vida?

AMA. — ¿Por qué no? También esta vida tiene sus encantos.

ROSA — Ustedes se quedarán a cenar. Voy a dar órdenes.

ALF. No se moleste, señora; yo creo que nos vamos en seguida. No hemos venido más que a saludar a ustedes.

ROSA No, yo no consiento en mi casa tantas prisas; por lo menos hay que merendar.

ALF. ¡Pero, señora, por Dios!

ROSA No hay más que hablar. (Mutis por la casa.)

ESCENA V

DICHOS menos DOÑA ROSA; después JULIO

ALF. Ve usted; no hemos venido más que a estorbar.

AMA. No lo crea usted; en esta casa no estorba nadie.

ALF. Mil gracias. Es que ustedes son excesivamente buenas.

AMA. Nunca se es bueno con exceso. Siéntese.

ALF. (Sentándose.) Con su hermiso. ¡Qué hermoso atardecer! La verdad es que esta calma es envidiable.

AMA. Algo habíamos de tener bueno.

ALF. Hay tanto bueno escondido en estos pueblos donde todo lleva fama de malo, que no se puede concebir no viéndolo.

AMA. No; lo que pasa es que, como se ve junto a lo malo, resalta más. Este pueblo es muy pobre, muy mísero.

ALF.. Pero hay en él grandes riquezas.

AMA. (Sin querer comprender.) Sí; la iglesia todos opinan que es una obra de arte.

ALF. Y las mujeres, que son la obra de arte más genuína de la ancha estepa.

AMA. Sí; obras de arte esculpidas sobre bloques magníficos. Por eso son tan fuertes.

ALF. Pero les falta algo que anime su frialdad marmórea.

AMA. ¿Qué puede faltar a la mujer castellana?

ALF. En general, le falta alma... el cultivo de los sentimientos relegados a la más crasa ignorancia; qué sé yo ..

AMA. Caballero, usted no conoce Castilla cuando asi habla de sus mujeres. Si las viese usted luchar sin descanso con las arideces del terruño, si las viese usted levantar la frente

con noble heroísmo para recibir los latigazos del destino; si usted pudiera ver sus almas ansiosas de libertarse de este ambiente avasallador, creería usted conmigo que la mujer de Castilla es el orgullo del solar, el alma de la raza.

ALF. Sólo de oírselo decir a usted ya me siento inclinado a creerlo. Sí, sí, lo creo.

AMA. ¿No conoce usted Castilla?

ALF. No. Es la primera vez que vengo a ella. He vivido cinco años en Méjico.

AMA. El país de las revoluciones. ¿No tenía usted miedo?

ALF. No me daba tiempo a cogerle el ansia insaciable de vagar. He sido un meteoro ávido de la tierra, que nunca se detuvo en ningún sitio...

JULIO ¡Chico, lo que te has perdido! Vaya unas muchachas guapas que hay en este pueblo.

ALF. Me parece que puedo juzgar por lo menos tan bien como tú.

JULIO La verdad es que como mi primucha no hay dos.

AMA. Mira, no seas adulador. Ya sabes que por ahí no me convences.

JULIO Lo que yo quisiera es conquistarte; y eso, con gran sentimiento mío, no puedo hacerlo.

ALF. ¿Por qué?

JULIO Porque se me ha adelantado otro. ¡Caramba con el marino, qué buen gusto tiene!

ALF. (Descompuesto.) ¿Es cierto?

AMA. Pronto te dieron la noticia.

JULIO Como que no me han hablado de otra cosa.

ALF. (Sin poder ocultar su despecho.) ¿Pero no es hora de que nos vayamos?

JULIO Sí, que tenemos que andar el camino. Adiós, Maliuca.

AMA. Quédense hasta mañana.

ALF. Gracias; no puede ser. (Estrecha fuertemente su mano, mirándola de una manera extraña.) Adiós...

AMA. Adiós.

JULIO Ya nos dirás cuándo te casas.

(Se alejan hablando por la casa.)

ESCENA VI

AMALIA; luego la tía GELUCHA

AMA. ¡Jesús; qué hombre! (Mirándose la mano.) Si me ha hecho daño. ¡Qué miedo, Dios mío, qué miedo me han dado sus ojos! (Estremeciéndose.) ¿Pero hace frío o es que lo tengo yo? ¡Oh! No sé lo que pasa por mí; esa mirada me ha helado el alma. (Se sienta nerviosa. Breve pausa.) ¿Y Carlos? ¿No habrá regresado aún de la ciudad? Vamos, que si ahora tuviera que marcharse no sé lo que me pasaría. ¡Es tan hermoso vivir junto a él!...

GEL. (Por la derecha con una hoz y un botijo.) ¡Ay, hija, qué cansada vengo!

AMA. ¡Hola, tía Gelucha! ¿La ha tocado muy lejos?

GEL. No. No es la distancia, Amalia, son los años.

AMA. ¿Cuantos tiene?

GEL. Tres duros y diecisiete reales cumplidos.

AMA. ¡Pobre mujer! ¿Pero qué la pasa? Parece que está triste.

GEL. Sí, hija, sí que lo estoy. En estos tiempos, ni aun la vejez merece respeto.

AMA. ¿Qué la han hecho a usted?

GEL. Nada; que han dado en decir que soy bruja.

AMA. No haga caso. Poco importa que digan lo que digan los que no tienen poder para hacer que sea. Usted sabe que es mentira, y el testimonio propio vale por todos.

GEL. Pero no basta, Amalia; es muy triste sentirse despreciado de las gentes. Mira: el invierno pasado, cuando arreciaban las heladas, yo no tenía pan ni lumbre. Después de pasar unos días mucho hambre y mucho frío, me atreví a salir a pedir una limosna. Yo notaba que los chiquillos, al acercarme a ellos, huían o me miraban con ojos de miedo; pero no sabía por qué. Una noche, el aire enfurecido penetraba por las ventanas de mi pobre casa; no tenía más luz que la vela del «monumento», y me parecía un pecado encenderla. Muerta de miedo, salí a la puerta, y acurrucada en ella daba diente

con diente. La lluvia arreciaba. Yo sentía que mis huesos se congelaban, y el miedo a la muerte, que parecía vagar en la noche negra, me hizo levantar. Dando traspiés llegué hasta donde la Hipólita, y al abrir la puerta, las chiquitas se metieron horrorizadas, gritando: «¡La bruja, madre, la bruja!» Mira, hija, nunca, me pesó la vida hasta entonces. Me contemplé pobre y vieja, y al sentirme de todos despreciada, me pareció mi vejez y mi pobreza tan insoportable, que llegué a aborrecer la vida.

AMA. ¡Bah! No haga usted caso. Cosas de chicos.

GEL. Que enseñan o autorizan los padres. Hoy, en el rastrojo, no han sido los chicos; han sido los grandes. (Llora.)

AMA. Vamos, tía Gelucha, no llore usted por esas tonterías.

GEL. Pero hija, si lo creen con toda su alma.

AMA. ¡Almas mezquinas que gozan martirizando! Déjeles usted que crean lo que quieran, si al fin nunca ha de hacerles creer lo que es.

GEL. Y cuando vuelvan los hielos y zumbe el aire, y yo no tenga pan ni lumbre, ¿qué haré?

AMA. Confiar en Dios.

GEL. ¡Y dejarme morir abandonada de todos!

AMA. No, decídmelo a mí, que sabré consolarla mejor que ellos.

GEL. Dios te lo pague, criatura; eres un ángel.

AMA. Sí, perdido en un desierto. ¿Pero ya se va usted?

GEL. Sí, a comer un cacho de pan y a la cama, que mañana me toca lejos.

AMA. No se vaya; entre en la cocina y quédese a cenar con la Pepa.

GEL. Dios te lo pague, hija. (Se aleja pausadamente hacia la casa.)

ESCENA VII

AMALIA, luego CARLOS

AMA. ¡Pobre mujer! También yo un día la llamé bruja sin saber que tanto la hacía sufrir ¡Cómo destruye la vida una palabra insignificante! Esa pobre vieja a quien todos los

chicos del pueblo llamaban antes abuela, es hoy el terror de todos por una palabra que la superstición y la ignorancia ha convertido en verdad. Y sin familia ni amigos, se siente desterrada en medio de los que antes la quisieron, sin consuelo ni cariño... sin paz ni juventud. ¡Triste vida que sólo sabemos apreciar los que un día vivimos en el destierro del alma! (Pausa)

CAR. (Por la derecha, en traje de montar.) Amalia...

AMA. (Saliendo apresurada a su encuentro.) Carlos... ¿Cómo has tardado tanto?

CAR. Porque hasta las cinco no he podido conferenciar con Madrid.

AMA. ¿Y qué?

CAR. Nada; es absolutamente necesaria mi partida.

AMA. ¿De veras?

CAR. Sí. Pero, ¿por qué te apenas?

AMA. ¡Por esa triste verdad!

CAR. Amalia, no pienses en ella, en nuestra vida sólo una verdad existe: la de nuestro amor, que no puede destruir ninguna de las otras que nos obligan en la vida. Y ante esa verdad sublime que como sagrada reliquia llevamos dentro de nosotros, se rinden las demás verdades que engrandecidas por el deber postramos ante la única verdad que colma y dignifica nuestras ansias. Yo viví mucho tiempo ansiando la soñada verdad; y cuando cansado de tantas mentiras me resignaba a no encontrarla, surgiste tú para hacer tangible la realidad soñada, y te amé... te amé como adoraba tu imagen desde niño, y fuiste la verdad sublime... la verdad ansiada de mi vida.

(La luna comienza a hacer su aparición por los altos páramos.)

AMA. Yo también soñé contigo muchas veces... muchas.

CAR. ¿Te acordabas de mí?

AMA. No, aquel niñito de melena rubia a quien vi muy pocas veces, seguía siendo para mí un angelito que no llenaba mi corazón de mujer: le creía siempre niño. Era un sueño hermoso en el que se destacaba la arrogante figura de mi ideal convertido en hombre; y al querer aprisionarle entre mis brazos, sólo

encontraba el vacío, la quimérica mentira de aquel ser forjado por mi alma; hasta que un día, despertó mi corazón alborozado ante las dulces palabras del niño hecho hombre; y aquel hombre, era la encarnación de mi ideal.

CAR ¡Atracción misteriosa de las almas! Las nuestras volaron buscándose largo tiempo, y al fin se encontraron en este solitario rincón al que tú llamas acertadamente «cementerio de vivos». Y entre la quietud de sus terrosas tumbas, se contemplaron asombradas y ansiosas a un mismo tiempo confundiéndose luego en estrecho e imperecedero abrazo.

AMA. ¡Que la ausencia viene a interrumpir!

CAR. Pero que no destruirá más que la muerte.

AMA. O la fatalidad.

CAR. No blasfemes, amor mío. La fatalidad no existe: es un fantasma soñado.

AMA. Al que se deben muchas desgracias.

CAR. No, Amalia; no es la fatalidad la que engendra la desgracia, son los hombres. Somos muchas veces nosotros mismos, que empequeñecidos por las pasiones, nos sentimos desgraciados porque no pusimos todo nuestro empeño en ser felices. El hombre no puede ser nunca creador de sí mismo; pero es siempre el autor de sus obras y colaborador de su desdicha o felicidad. Y en vez de correr frenético tras ese rosado fantasma, debiera concentrar todas sus ansias en ser bueno para sentirse feliz, que vaya donde vaya, su más legítima felicidad será la que dentro de sí lleve.

AMA ¿Eres tú muy feliz?

CAR. Mucho. El más feliz de los hombres. Sólo una cosa me haría desgraciado.

AMA. ¿Cuál?

CAR. Que tú no me quisieras.

AMA. ¡Qué idea! Eso sería mi desgracia.

CAR. ¿Te sientes feliz queriéndome?

AMA. Como no me sentí nunca. Yo no supe encontrar a solas la felicidad.

CAR. Porque no te propusiste. Yo lo he sido siempre, y lo he sido contigo, con tu imagen que nadie podía arrebatarme. Hubiera sido posible que no hubieses existido, pero en mi

mente ya existías, y hubiese vivido feliz buscándote siempre aunque no te hubiese encontrado, hasta morir sin dejar de serlo con la esperanza de encontrarte.

AMA. ¡Si llegases a olvidarme!

CAR. Sería que había muerto.

AMA. ¡Qué pena, Dios mío; qué pena tener que separarnos!

CAR. Si no nos separamos. ¿No estás segura de que has de verme todos los días?

AMA. Sí; te veré en todos los momentos, y tu evocación será la que preste aliento a mis largas horas de ansiedad.

CAR. Yo seguiré contemplándote siempre con la inefable dicha de saber que existes.. ¡Angel rubio! Tú seguirás siendo para mí lo que fuíste siempre; el faro de la esperanza.

(Las campanas comienzan a tocar el «Angélus»)

AMA. (Poseída de súbito misticismo, le da una medalla que lleva colgada al cuello.) Toma; lleva esa medalla que nunca se apartó de mi pecho junto a tu corazón; y al atardecer, cuando las sombras de la noche se ciernan en el espacio, bésala pensando en esta hora sublime a la que debiera reducirse toda nuestra vida.

CAR. (Besa la medalla con fervor, después coge sus manos.) Y al besarla, pensaré que beso la frente de un ángel hecho mujer. (Se alejan abrazados hacia la casa mientras las campanas siguen tocando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón elegante en casa de don Julio. Puertas al foro y al lateral derecho

ESCENA PRIMERA

DON JULIO; luego MANRIQUE y JULIO

D. JUL. (Que lee el periódico interrumpiéndose de vez en cuando.) Sí, sí, bastante cosa conseguiréis con todos vuestros «mitines» y «conferencias» si la gran incubadora ministerial no presta calor a vuestras actas. (Lee.) «La opinión pública...» ¿Pero cómo se les ocurrirá a estos periodistas escribir semejantes cosas siendo ellos los primeros convencidos de que en España no tiene valor ninguno la pública opinión? (Lee.) ¡Ja, ja, ja!... Esta gente está loca. (Sigue leyendo.)

MAN. (A Julio.) Ves; leyendo con tanta calma. Pero don Julio, ¿no sabe usted que pasado mañana son las elecciones?

D. JUL. Ya lo creo: mejor que tú.

MAN. Lo concibo porque yo no voy a ser el diputado; pero a este paso nos comen la partida

D. JUL. ¿Qué importa? Nosotros les comemos los votos... y en paz.

MAN. No basta: hay por lo menos que guardar las apariencias.

JULIO Vamos, papá. Aún nos falta que visitar a alguno de los del distrito.

D. JUL. Hombres, estando ya las cosas a la altura

que están, eso es gastar el tiempo. ¿Y qué voy a decirles? Yo he apurado ya el repertorio.

MAN. Hábleles usted mucho de redención... de ideales, de altruismo... Y sobre todo, no escatime el dinero siempre que haga falta, que ya llegará el día del desquite.

D. JUL. ¡Qué bien sabes batir el cobre...!

MAN. Tuve por escuela la antesala de todos los Ministerios, y por profesores a los mismos...

D. JUL. ¡Ya!... Así ha salido el discípulo. Lo extraño es, que no hayas sabido conquistar una cartera.

MAN. Me produce más el papel de «Cirineo». Gozo de todas las ventajas sin exposición ninguna, porque cuando las cosas van torcidas, a nadie se le ocurre hechar la culpa al Secretario, todos descargan contra el jefe.

JULIO Sí; eres un vivo.

MAN. ¡Pisb!... Hay que defender el cocido. ¿Vamos, don Julio?

D. JUL. Sí, vamos donde queráis; pero ayudadme a hablar, que a mí se me seca la lengua.

MAN. ¡Bueno!.. Cualquiera se apura por palabra más o menos. Eso déjelo de mi cuenta, que a hablar no ha de ganarme nadie.

JULIO Y de mi cuenta a las señoras.

MAN. En buen berengenal te vas a meter. Son más difíciles de convencer que ellos.

JULIO Aún así, yo las prefiero.

MAN. Pues que Santiago te ayuda, ¿vamos?

D. JUL. Sí; allá os las entendáis. A mí me basta con salir diputado. (Salen hablando.)

ESCENA II

AMALIA y LAURA por la derecha

LAURA ¡Si no hay nadie! ¿No has oído hablar? (Mira por la puerta del foro) ¡Ah!... Son papá y Julio con otro señor. Será algún político, ¿Pero qué te pasa?

AMA. (En cuyo rostro se nota una pena profunda) Nada. ¿Qué ha de pasarme?

LAURA No... no me engañas, primita; tú no eres como antes.

AMA. La misma con dos años más.

LAURA No. Desde aquel invierno que te dió por viajar, has cambiado completamente.

AMA. Aprensión tuya.

LAURA Y de todos. Papá y Julio también lo han notado. ¿Te acuerdas de aquel verano que estuvimos en el monte? Entonces eras completamente distinta. ¿Te pones mala?

AMA. No... es un mareo.

LAURA Me parece que no estás buena. ¿Quieres que avisemos al doctor? Verás qué simpático.

AMA. Gracias, Laurita; se me pasa en seguida. Ves, ya se pasó.

LAURA (Acariciándola.) Mira, primucha, yo no quiero verte triste.

AMA. Si no estoy triste, criatura.

LAURA Sí lo estás, sí. Y tiene razón de ser; en aquel pueblo forzosamente tenéis que haceros viejas antes de tiempo. Lo que es ahora, no te suelto tan pronto, que harto nos has hecho esperar.

AMA. Yo me quedaría aquí con mucho gusto; pero a mamá no la puedo dejar sola.

LAURA Pues que se venga con nosotros.

AMA. Sí, buena está con sus reúmas. Como que yo no debía haber venido.

LAURA ¿Te pesa? ¡Qué descariñada, con lo que te queremos! Como que papá no sabe hablar más que de ti. Desde que nos vinimos a vivir a Madrid, todo el tiempo se lleva «cuándo vendrá Amalia.» Si no llegas a venir, seguramente en cuanto hubiese pasado todo este ajetreo de las elecciones, va a buscarte.

AMA. Yo también os quiero mucho.

LAURA Ya se ve. No hace cuatro días que llegaste y estás más aburrida...

AMA. Que he de estar aburrida, criatura. Es mi carácter.

LAURA ¡Tu carácter!... No; no me lo haces creer, a ti te ha pasado algo. Si antes no había criatura más alegre que tú. ¿Te acuerdas de Alfredo? Pues te llamaba siempre el ángel de la risa.

UNA VOZ Señorita...

LAURA Voy. (Mutis por el foro, donde se la oye hablar con la criada.)

AMA. ¡El ángel de la risa que él se encargó de trocar por la imagen del dolor! ¡¡Infame!! (Oculta la cabeza entre las manos.)

LAURA (Volviendo.) ¿Pero no te ha contado Julio que a los pocos días se marchó precipitadamente y no hemos vuelto a saber de él? Para mí es que se había enamorado de ti locamente.

AMA. Calla, por Dios, Laurita, no me mientes a ese hombre.

LAURA (Extrañada.) ¿Por qué?

AMA. Porque me es repulsivo.

LAURA Qué razón...

AMA. La de las simpatías, que ni se imponen ni se compran.

LAURA Pues era muy simpático. A mí me gustaba mucho, y Lulú Morante estaba chiflada por él.

AMA. (Bajo, con furor contenido.) Valiente alhaja.

LAURA ¿Qué?

AMA. Nada; que algunas mujeres para chiflarse no necesitan gran cosa.

ESCENA III

DICHAS y JULIO, por el foro

JULIO (A su hermana.) Ahí te esperan María y Lulú Morante.

LAURA ¿Por qué no las has dicho que pasaran aquí?

JULIO Porque traen muchas ganas de charlar y yo tengo muy pocas.

LAURA Te desconozco, hermano. ¿Estás ya escarmentado?

JULIO Lo que estoy es aburrido. ¡Uf, qué mujeres! Si deben tener un millón de lenguas de repuesto.

LAURA Me parece que hoy te ha tratado mal el bello sexo. Bueno, hasta luego. (Se acerca a su hermano.) Mira a ver si alegras a Amalia. (Mutis.)

ESCENA IV

JULIO y AMALIA

JULIO (Acercándose a ella.) ¿Qué te pasa, Amalia? ¿Por qué estás tan triste?

AMA. (Intentando sonreir.) Pero si no estoy triste, Julio.

JULIO Vamos, vamos, no seas niña, que a mí ya no me engañas. A ti te ha pasado algo.

AMA. (Bajando la cabeza.) No... No me ha pasado nada.

JULIO Amalia, mírame a los ojos... así. Di, ¿no tienes confianza en mi?

AMA. Sí...

JULIO Mira, primucha, yo tenía muchas ganas de hablar contigo, muchas. Y cuanto más lo ansiaba más parecías alejarte de nosotros.

AMA. No, Julio, no digas eso; es que no he podido venir.

JULIO En cambio has podido estar viajando un año sin acordarte de que estábamos ansiando verte a nuestro lado.

AMA. Pues ya ves que mi compañía es bien poco agradable.

JULIO Es que no eres la misma de antes; aquella mujercita grácil y vivaracha que sólo con reir sembraba en torno suyo la alegría. Desde que has llegado no hago más que explorarte, y cuanto más te exploro menos te comprendo. Eres una «esfinge».

AMA. Y a quien debeis perdonar su enigmático carácter en atención a lo mucho que os quiere.

JULIO A quien por cariño debemos alegrar. ¿A que no sabes en lo que vengo pensando todos estos días?

AMA. En cualquier diablura de las tuyas.

JULIO No, primita; en confesarte.

AMA. Pero si yo no tengo nada de qué confesarme.

JULIO Porque no has hecho examen de conciencia; yo te preguntaré como a los chiquillos. ¿Te acuerdas de aquella tarde que te extraviaste en el monte?

AMA. (Palidece pretendiendo en vano conservar la tranquilidad.) ¡Sí... sí me acuerdo!...

JULIO Aquella escena incomprensible fué largo tiempo mi obsesión. ¿Tú sabes como estabas cuando yo te encontré? Parecías un cadáver. Abriste los ojos, y con ademán loco te abalanzaste hacia mí, y cuando creí que ibas a extrangularme dejaste caer los brazos inertes a lo largo del cuerpo; luego me miraste largo rato, y cogiendo mis manos con vehemencia me preguntaste: «¿Pero estabas tú aquí... estabas tú aquí?» Yo, que no había

hecho más que llegar, te contesté que no, y tú, rompiendo a llorar con amargura, me suplicabas por la memoria de mi madre que no dijera a nadie lo que te había pasado. Tanto me impresionaste, que sin saber a qué te referías, juré no revelárselo a nadie, y desde aquel momento, no hay uno en que al pensar en ti, no recuerde con pena aquella escena que mi mente en vano ha tratado de aclarar. Amalia, desde aquel día en que ví retratado en tu rostro un dolor incomprensible te quiero más, y ansiaba verte para saber la razón de aquella súplica llena de desesperación y amargura.

AMA. No fué nada. Créeme. (Reponiéndose.) Es que estaba loca de miedo al verme perdida en aquellas soledades.

JULIO No... no es eso; es que en tu vida hay algún misterio. Lo mismo me decía Carlos el otro día. ¡Pobre muchacho, cómo te quiere! Oye, ¿pero por qué rompiste las relaciones de aquella manera? Por lo menos debiste decirle los motivos que a ello te indujeran. ¿Es que no le querías?

AMA. (Con desesperación.) Déjame, Julio. ¡Por Dios... no me martirices!

JULIO Primucha. ¿Crees que no te quiero lo suficiente para que te confíes a mí? Cuéntame lo que te ha pasado.

AMA. Calla, Julio, no quieras saberlo. En la vida hay muchos dolores que no se pueden revelar, porque nadie sabría comprenderlos. En mi vida se cruzó uno de esos misteriosos dolores tejidos con las pasiones humanas, y convirtió la alegría del vivir en horrible obscuridad donde sólo brilla la triste luz del sufrimiento, que corre ansiosa en pos de la muerte. ¡Debe ser tan hermoso morir cuando en la vida no cabe ni aun la espezanza!...

JULIO Amalia, me da pena oirte hablar así. A los veinticuatro años, ¿qué hay capaz de destruir la esperanza?

AMA. El imposible.

JULIO No. Te voy a repetir lo que el otro día oí decir a Carlos: «La palabra imposible, sólo se escribió para los necios o para los locos.» Ya ves, para él el imposible no existe; aun espera.

AMA. ¿Pero está aquí?

JULIO Hace más de un mes.

AMA. ¿Y espera?...

JULIO Sí.

AMA. ¡Dios mío... que espere siempre sin desesperarse mientras yo vivo muriendo sin dejar de amarle... amándole más que nunca!... (Llora.)

JULIO (La acaricia.) Y si le amas, ¿por qué no te casas con él?

AMA. (Se levanta con dolorosa desesperación.) ¿Por qué? No puedo decírtelo. ¡Porque es imposible, absolutamente imposible! (Se acerca a él suplicante.) Julio, necesito marcharme cuanto antes. ¡No quiero verle... no tendría valor! ¿Me prometes ayudarme?

JULIO No te comprendo, pero veo que sufres y esto basta. Puedes contar para todo con mi ayuda.

AMA. Gracias, primo, gracias. Me voy en un momento a buscar a Laura. Por lo que más quieras no digas nada a nadie. Hasta luego.

JULIO Adiós.

(Amalia, mutis derecha.)

ESCENA V

JULIO, luego DOÑA AURORA y LAURA; después AMALIA

JULIO ¿Pero qué misterio es este? Carlos que la adora con locura; ella que le quiere con toda su su alma, y no se casan. ¡Vaya un lío! Todo esto no hay quien me quite de la cabeza que proviene de la tarde del monte, y que Alfredo no es ajeno a ello. (Recordando.) Sí, sí; no me cabe la menor duda. Desde que la vió se enamoró de ella. ¡Si supiera donde está! (Escuchando.) Parece doña Aurora.

LAURA (Vienen hablando por el pasillo.) Como que creíamos que se había usted muerto. (A Julio.) ¿Estás solo?

AUR. Hola, Julio; usted siempre tan bueno. (A Laura.) No salgo nada de casa. Desde que llegó mi hijo, el mundo ha dejado de existir para mí.

(Se sientan.)

LAURA ¿Pero ha venido Carlos?

JULIO ¡Anda!.. Ya hace más de un mes.

AUR. Pues a mí me ha parecido un día.

LAURA Es muy natural. (A Julio.) ¿Cómo no me has dicho nada?

JULIO Perdona, hermanita, no me he acordado.

AMA. (Por la izquierda.) Parece que estamos jugando al tirolí. (Al ver a doña Aurora queda parada.)

AUR. (Levantándose, después de mirarla con frialdad.) Con vuestro permiso me retiro.

LAURA ¿Tan pronto?

AUR. Ya volveré otro día. He dicho a Carlos que venga a buscarme y no quiero que se encuentre... (Mira a Amalia con un gesto desdeñoso.) Adiós, Julio. Muchos recuerdos a tu papá, Laurita.

LAURA (Confusa, la acompaña hasta la puerta.) Adiós. Salude a Carlos en mi nombre.

AUR. Gracias.

AMA. (Con voz ahogada y suplicante.) ¡Señora, necesito hablarla! Un momento... solo un momento.

AUR. ¿A mí? Ya escucho a usted.

AMA. (Conteniendo las lágrimas.) ¿Cree usted tener derecho para ser tan cruel conmigo?

AUR. Motivos hay de sobra. ¿No es verdad?

AMA. No; no es verdad. La verdad... sólo Dios y yo la sabemos.

JULIO (Haciendo una seña a su hermana.) Vamos,

LAURA Dispensen; voy a dar a Julio unos papeles. Hasta luego.

AMA. Podéis quedaros.

JULIO Es que papá me espera. Adiós. (Mutis izquierda.)

ESCENA VI

AMALIA y DOÑA AURORA

AUR. ¿Qué verdad es esa, qué hizo a ested jugar con el corazón de mi hijo alentándole con la más ruin mentira?

AMA. Una verdad horrible, que ha destruído por completo mi vida. ¡Compadézcame usted como mujer y como madre! No, yo no engañé a su hijo, no podía engañarle porque le amo y le amaré siempre... Es que no podía casarme con él.

AUR. ¿Y no se lo pudo usted decir antes de haberle hecho concebir esperanzas?

AMA. Entonces, el obstáculo no existía. Le juré ser su esposa porque podía serlo.

AUR. ¿Y después, cómo?...

AMA. Después, no tuve valor para decirle la verdad, ni mucho menos para engañarle... Por eso dejé de escribirle.

AUR. Y esa verdad, ¿por qué no decirla?

AMA. Porque nadie la hubiese creído. El mundo es malo, y juzga siempre por su sentir de las ajenas obras. En mi camino se cruzó un hombre, que decía amarme con locura. Para mí no existía más que Carlos, y así se lo dije con ingenua franqueza. Desde entonces el despecho y la pasión se pintaban en su rostro dándole una expresión dantesca. Yo huía de él como del genio del mal, y cuanto más huía, más parecía perseguirme. Un día la barbarie y la pasión me hicieron su víctima; y de aquel momento de mentira en que triunfó la fuerza bruta, surgió una verdad...; dolorosa verdad que me hacía renunciar a su hijo, y aceptar más tarde el mío, víctima inocente de los pecados ajenos. Señora, usted que es mujer y madre, puede calcular el horror de esta verdad ignorada por todos. ¿Podía engañar a su hijo... a su hijo, que era lo que más amaba en el mundo? No. Dios lo sabía; lo sabía yo... y yo no nací para engañar... ¡nací para sufrir! (Oculta el rostro, llorando, entre las manos.)

AUR. (Compadecida.) ¡Pobre criatura, qué horror! Amalia, ¿por qué no me lo dijiste a mí?

AMA. ¿Me hubiese usted creído?

AUR. Sí; te hubiese creído, te creo.

AMV. Gracias... gracias. (Se arroja llorando en sus brazos.)

AUR. Pobre hijo mío. ¡Si lo supiera!...

AMA. También me creería; estoy segura. Pero no, no le diga nada. Lo que no tiene remedio es mejor no saberlo. Carlos, pensando que soy una mujer tan inconstante como muchas, me habrá olvidado.

AUR. No lo creas.

AMA. Pues es necesario que me olvide; que se case con otra mujer, que le quiera mucho... y que sea feliz... aunque yo viva muriendo.

AUR. ¡Qué buena eres! No es extraño que yo te quisiera; que te quiera aún, como si fueses mi hija.

AMA. ¡Bella ilusión que el mal hizo imposible! Yo también la quiero como a mi madre... no lo olvide usted. Y cuando Carlos sea feliz con otra mujer y tenga hijos... al besar sus frentes puras, piense en la tortura de esta mujer desgraciada, que muriendo de amor, se ve condenada a vivir amando el obstáculo que la separa de su dicha, porque ese obstáculo es un sér inocente, vida de su vida... ¡un hijo sin padre! (Cae desfallecida sobre una butaca.)

ESCENA VII

DICHAS, LAURA y CARLOS

LAURA (Señalando a Carlos.) ¡Doña Aurora!

CAR. (Retrocediendo.) ¡Amalia!...

AMA. ¡Carlos! ¡Carlos! ¿Tú aquí?

CAR. Sí; ¿qué te extraña? ¿No hace dos años que te busco sin encontrarte? ¿No sabes que al fin era fatal que tuviésemos que encontrarnos?

AUR. Escucha hijo, es menester que sepas...

CAR. (Sin escuchar.) Amalia. ¿Qué misterio envuelve tu vida? ¿Qué explicación hallar a tu extraña conducta? Huiste de mí, bien lo veo, porque no me amas, porque no me amaste nunca. ¿Pero por qué no decírmelo? Dímelo, aunque tus palabras sean para mí la revelación de esa muerte que yo siento desde que, al faltarme tu amor, me faltó para siempre la razón de mi vida.

AMA. Carlos, perdóname. Tú ignoras que existe una verdad suprema, por la que nuestro amor es imposible; tú no sabes...

CAR. No sé nada. No quiero saber nada que no sea lo que quiero saber. La verdad para mí es tu amor. ¡Lástima que tan gran verdad hayas transformado tú en una infame mentira!

AMA. ¡Carlos! ¡Carlos!

AUR. Escucha, hijo mío; no quiero oirte hablar así. Oyeme, Carlos.

AMA. (A Carlos.) Hay verdades que jamás revelará una mujer al hombre a quien ama. Hace un momento, esa verdad, esa horrible verdad estaba en mis labios. Tu madre...

AUR. Sí; yo te diré. Escúchame, Carlos. (Le lleva a un lado de la escena donde le revela brevemente la triste verdad. Esta escena se encomienda al buen talento del actor.)

AMA. ¡Dios mío! ¿Por qué ha de ser mi vida un calvario de siniestras amarguras? ¿Por qué en un mundo donde todo me sonreía, es para mí el vivir carga insoportable?

LAURA Calla; yo no quiero saber... Tu dolor me revela algo horrible, que nadie ha de respetar con más amor que aquellos que tanto te queremos.

AMA. Laura; mi vida es un enigma de dolor que nadie ha comprendido. Perdóname.

LAURA ¿Perdonarte? No; jamás he de tratar de conocer ese secreto, a menos que tú quieras decírmelo.

CAR. (Como el que toma una resolución.) Ese secreto... Ya conozco el misterio de tu vida.

AUR. Laura...

LAURA (Comprendiendo.) Sí; vámonos.

AMA. Carlos, huye de mí... Te lo suplico.

CAR. Huir... huir de ti, que eres mi vida, mi alegría, mi felicidad.

AMA. Ya no soy nada, Carlos. Una mujer desgraciada cuyo corazón desgarrado cuenta con cruel ansiedad los momentos que le restan de vida .. No luches con el imposible: olvídame!

CAR. ¡Olvidarte! Ese es el único imposible de mi vida.

AMA. ¿Pero no sabes?...

CAR. Sí, sí, lo sé todo, pero te amo más que nunca...

AMA. No puede ser, Carlos.

CAR. ¿Por qué? ¿Es que tu corazón?...

AMA. Mi corazón es siempre tuyo.

CAR. ¿Temes al mundo, quizá?

AMA. ¡El mundo! Ese hábil inventor de la mentira ignora por completo esta triste verdad; pero la sé yo... Carlos.

CAR. Por encima de todo está mi amor... mi amor que hace de esa verdad dolorosa una mentira que es necesario olvidar como un

mal sueño. Mira; hay verdades que ajenas a nuestro sentir, se imponen con fuerza incombustible; y ahogando nuestros deseos, nuestras ansias, posan su planta fría sobre el pobre corazón que horrorizado la repele. Y mientras nuestra alma se convulsiona en estéril desesperación, el mal triunfa e implanta la terrible verdad, que no humilla, dignifica, porque costó un sacrificio, y es siempre una mentira impuesta a nuestros cuerpos; pero que no pudo imponerse a nuestras almas inmortales y libres.

AMA. ¿Y mi hijo?...

CAR. Nuestro hijo, debes decir.

AMA. (Con suprema felicidad.) ¡Nuestro! ¿Tu hijo... tuyo?

CAR. Sí, mío... porque mío debió ser. ¿A quién amabas tú?

AMA. (Llorando de alegría.) A ti; solo a ti. Mi alma desesperada y llena de horror ante la fiera humana, huyó del cuerpo; y mientras éste, vencido por la lucha sucumbía, ella, salvando el espacio llegó a ti y se refugió junto a tu corazón, en tus brazos, de los que la fría realidad vino a arrojarla mientras la inexorable mano del destino escribía entre nuestros corazones... «Imposible»

CAR. ¿Imposible? No; ya estás otra vez en ellos, y al estrecharte, nuestros corazones se unen más a impulso de un nuevo amor; el de nuestro hijo. El de ese hijo que trasmitido por ti en un momento de dolor supremo, vivió silente en mi alma hasta que tu evocación lo hizo realidad; realidad hermosa, hija de una santa ilusión, ante la que desaparece la brutal verdad relegada por el amor a mentira impía: la mentira eterna, que sin temor de Dios impone a sus criaturas la humana barbarie, en que la bestia, triunfando del hombre, ahoga en él todo lo más grande: la sublimidad, los ideales... el amor... (Abrazándola.) ¡Yo te amo.,. y esa es la única verdad de nuestra vida!

AMA. ¡Y mi hijo!

CAR. Es el hijo de nuestras almas... la ilusión.
(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas